

036. Una inyección milagrosa

¿Quieren saber cómo un turista norteamericano calificó su viaje a Roma? Escribió sus recuerdos en una revista, y tituló el artículo: *Una inyección milagrosa*.

Vale la pena reproducir aquí el primer párrafo de ese artículo porque es edificante para nosotros, católicos que amamos a nuestra Iglesia. Dice así el turista y peregrino:

* Soy un católico practicante. Lo he sido siempre, por la gracia de Dios. Nunca han sido abundantes mis recursos económicos, pero no perdí nunca tampoco la ilusión de hacerme un viaje a Roma, para visitar el sepulcro de Pedro y ver allí, en su sede, al Vicario de Jesucristo. Independientes ya todos mis hijos, y sin más compromisos familiares que cuidar con amor de mi esposa, quise realizar con ella ese viaje tanto tiempo soñado.

El Vaticano, como es natural, me atraía con fuerza irresistible. Quise subir hasta la cima de la cúpula, sin calcular demasiado mis setenta años, cuando las piernas y el corazón ya no están para muchas bromas. Mi mujer se mostraba más animosa que yo. A mí la subida se me hacía penosa. Pero yo quería ver en toda su magnificencia el templo que esconde la tumba de aquél a quien Jesucristo dejó como roca visible de nuestra fe. ¡Animo, me decía, que ya falta poco!... Los tobillos me dolían y la respiración se me hacía más difícil. Pero, en un momento dado, sentí casi el milagro, cuando leí en la pared la leyenda en inglés, ¡en mi propia lengua!, que allí había escrito con vigor otro peregrino:

- *God is not dead! ¡Dios no ha muerto!...*

Felicité interiormente y encomendé a Dios a mi paisano anónimo, que así profesaba su fe en el monumento más impresionante que el mundo ha levantado a la fe cristiana.

¡Claro que Dios no está muerto!, me dije con entusiasmo incontinente. Y con aquella inyección de vida, mis setenta años se convirtieron en los veinte de un muchacho. *

Dejemos en su ascensión al valiente peregrino, pero recojamos sus palabras como un desafío.

Desde que los hombres se inventaron esa expresión *la muerte de Dios*, son muchos los que han dudado de su fe.

¿Cómo puede morir el Dios que es la misma Vida y origen de toda vida?

Dios, por ser eterno, vive desde siempre y para siempre, y nos ofrece también a nosotros, aunque hayamos de morir, una vida inmortal después de esta vida que se nos acaba...

Nosotros confesamos esta fe continuamente, cuando acabamos tantas oraciones diciendo: *Que eres Dios y vives y reinas por todos los siglos. Amén*.

Cuando tenemos clara esta idea del Dios vivo cambia mucho el sentido de nuestra vida. El hombre moderno tiene *hambre de la vida* y lo demuestra de mil maneras.

¿Qué significa, si no, el afán por el deporte? ¿Por qué la técnica y la medicina se empeñan en detener el curso de la vida, para alargarla todo lo posible? ¿A qué viene eso de la *clonación*, sino porque se piensa en la vida como una cadena sin fin? ¿Qué significa la idea de la *reencarnación* —en la que tantos creen sin fundamento alguno— sino la ilusión de querer vivir siempre sin morir nunca?...

Sin embargo, sólo Dios tiene la vida y da una vida que no acaba nunca. Y lo curioso es que, para vivir sin poder morir ya más, hay que morir primero, pero hay que morir en la fe del Dios vivo.

Por eso la impiedad ha inventado esa expresión desafortunada y blasfema de *la muerte de Dios*. Si Dios está muerto, ¿para qué preocuparse de otra cosa que de pasarla bien en este mundo, sin ley que nos prive de ningún placer?...

Por eso la piedad dice todo lo contrario: que Dios vive y que vive para siempre. ¿Por qué no confiar en un Dios, que, porque es un Dios vivo y que vive para siempre, me ofrece una vida sin fin, con tal que yo le ame, y me confíe a Él, y le sirva con todo el corazón?...

Porque la vida y la muerte cambian del todo según se tenga o no se tenga esta fe.

Cuando Napoleón II, a sus veintiún años, sintió venir la muerte, se hizo traer la cuna dorada que París le había regalado en su nacimiento. Y, viéndola, exclamó llorando:

- *Estos son los límites de mi vida: esta cama en que estoy tumbado y que pronto será mi lecho mortuario, y esta cuna de oro. Entre ambas camas están mis 21 años, mi nombre y mi desgracia...*

Así habla la falta de fe...

Por el contrario, una Teresa de Jesús, cuando le dicen que está muy mal y que de esa enfermedad no sale, se dirige a Dios gozosa y con buen humor:

- *¡Ya era ahora, Señor, ya era hora!...*

O como Agustín, que muere diciendo:

- *Déjame morir, Dios mío, para que viva...*

Así, como Agustín y Teresa, habla la fe del creyente.

Y así hablamos también nosotros ahora. Cuando creemos en ese Dios que vive en el Cielo, que llena la tierra y toda la creación con su presencia, que nos acompaña en todos los pasos sin soltarnos nunca de su mano, entonces la vida nos sonríe siempre. Es cierto que la vida nos presenta dificultades, pero si están superadas de antemano, ¿qué miedo nos van a dar?...

¿Queremos coraje en la vida? Creamos en el Dios vivo. ¿Queremos vencer la misma muerte? Pensemos que el morir es empezar a vivir de verdad. *¡Dios vive! ¡Qué inyección de juventud!...*